

Crisis Internacional y Ética Empresarial



Juan Arroyo

Profesor e investigador
CENTRUM Católica

Tu maíz está maduro, el mío lo estará mañana. Sería beneficioso para ambos que yo trabajara contigo hoy, y que tú me ayudes mañana. No te tengo cariño, y sé que tú tampoco lo tienes por mí.

Podría entonces esforzarme, no para tu beneficio, sino para el mío propio con la expectativa de un retorno. Pero sé que seré decepcionado y que dependería en vano de tu gratitud. Entonces yo te dejo trabajar solo y tú me tratas de la misma manera. Pasan las estaciones y ambos continuamos perdiendo nuestras cosechas por falta de confianza y seguridad mutua.

David Hume (1711-1776)

Una de las particularidades de la crisis internacional actual es que en ella se superponen cuatro crisis de distinta naturaleza y temporalidad: en primer lugar, una crisis inmediata de desequilibrio financiero; en segundo lugar, una crisis mayor, del modelo de economía desregulada asumido hace dos décadas, y que se desbocó finalmente en este tramo último de los años 2000; en tercer lugar, la crisis de la hegemonía norteamericana en el mundo, que se ha venido procesando con más claridad en esta última década; y por último, la crisis ambiental producida por el modelo industrial antiecológico, que tiene ya más de 100 años y encamina al planeta al colapso en unas cuantas décadas.

¿De cuál crisis estamos entonces tratando cuando hablamos de la crisis internacional y sus soluciones? La mayoría de líderes de los países circunscribe su mirada a la crisis de desequilibrio financiero y a sus consecuencias sobre la producción y el empleo, lo que es importante por el ciclo de depresión mundial que se anuncia. Pero esta mayoría asume que el desafío mundial actual es solo el retorno al crecimiento del modelo de negocios de siempre, volver al *business as usual*, cuando la crisis pone en el orden del día una reorientación más de fondo, que atañe al rediseño del modelo de negocios y de empresa del siglo XXI, o por lo menos de sus primeras décadas. De ahí la relevancia del debate sobre las implicancias de esta crisis múltiple.

El Hilo Conductor, la Ética

¿Habrà algún hilo conductor que ate los debates de los bancos centrales europeos y norteamericano sobre las finanzas globales con los ajetreos en el Salón Oval en Washington en relación con el inminente liderazgo chino y los cada vez más numerosos foros de United Nations Global Compact, del Globally Responsible Leadership Initiative (GRLI), PRME Initiative y demás plataformas empresariales sobre el desarrollo sustentable? En otras palabras, ¿hay algo en común entre las varias crisis superpuestas hoy en la escena mundial?

La interpretación superficial de las crisis actuales cree que se trata de problemas enteramente independientes. Nuestra tesis es que en el fondo esta crisis múltiple es una crisis ética. Es evidente que cuando determinados errores no son puntuales, sino sistemáticos, no se puede pensar que se trata solo de desviaciones personales, que las hay, sino de una institucionalidad que inspira dichos comportamientos. Como dice Argandoña (2010), fallaron las conductas porque lo hicieron los modelos teóricos y prácticos en que se inspiraban, y estos se equivocaron porque sus fundamentos antropológicos y éticos eran incorrectos.

Las resistencias actuales para resolver las diferentes crisis –la financiera, la desregulatoria, la de hegemonía y la

ecológica– tienen en común la idea de que el cultivo del interés propio, sin ningún contrapeso, siempre beneficia la vida en sociedad. La crisis ha demostrado más bien que el comportamiento autorreferido no permite manejar adecuadamente los bienes públicos de las sociedades nacionales y de la sociedad global, llámense estos calidad del aire, reservas marinas, capa de ozono, cohesión social, calidad de vida o cualquier otro. Por eso ahora retornan las miradas del empresariado global a la ética, para rebalanciar el interés propio con el interés general. Explica Jeffrey Sachs en su último libro, *The Price of Civilization* (2011), que en la raíz de la crisis de la economía de Estados Unidos hay una crisis moral debida a una declinación de las virtudes cívicas en la élite política y económica norteamericana, y que sin una restauración de una ética de responsabilidad social no habrá una recuperación significativa y sostenida de la economía.

Este problema no es nuevo en la historia de la filosofía, y se le comenzó a denominar desde Hume “el dilema de la acción colectiva”. En toda esa época de nacimiento de la modernidad, los grandes filósofos de la Ilustración afirmaron los derechos del individuo para combatir el uso arbitrario del poder por las monarquías, pero rápidamente advirtieron que cuenta Hume en su célebre parábola de dos agricultores que viven estancados por su incapacidad para cooperar entre sí, que una sociedad no podría existir si solo se basara en los intereses individuales. Para decirlo en términos de *business ethics*, el funcionamiento del mercado necesita confianza y cooperación, y también exige capital social e institucionalidad. Por eso el primer liberalismo profundizó sobre “el hombre en estado de naturaleza”, esto es, sobre el individuo antes de vivir en sociedad, cuando su libertad podría ser irrestricta y destructiva, mientras el liberalismo posterior, el democrático, surgió planteando que los límites del derecho de las personas los constituían los derechos de los otros, y que debía haber un contrato social para la protección de



No cabe duda de que en estos próximos años cada crisis ambiental, financiera o social acrecentará la necesidad de asumir el desarrollo sostenible como el programa de la humanidad para el siglo XXI.

todos, garantía de funcionamiento de las sociedades. La democracia, con sus contrapesos entre los poderes, fue pensada por Locke y otros precisamente para evitar que alguien avasallara al resto. Esta necesidad de alineamiento entre la racionalidad individual y la colectiva es particularmente importante en relación con los bienes de uso común, que todos podemos utilizar indiscriminadamente porque son indivisibles, y con los cuales se presenta el problema de la necesidad de acuerdos para su reposición y uso racional.

Desarrollo Sostenible

Ya en tiempos recientes, hace dos décadas, se impuso la visión pesimista sobre la posibilidad de la cooperación, con teorías como la del *public choice*, de Mancur Olson, para el cual la colaboración podría funcionar en grupos pequeños, pero no a gran escala. El problema es que justamente la instalación de la globalización y de la sociedad del conocimiento han ampliado los mercados y potenciado las capacidades productivas de las compañías, la mayoría aún sin una reconversión energética, y esto ha llevado al límite la sostenibilidad del propio planeta. Se ha entrado ya así en la nueva era del cambio climático y escasez de recursos. Los bienes públicos globales, se han multiplicado, y requieren ahora una gobernanza global. A esta crisis ambiental ha



contribuido también la desregulación financiera, que, tal como viene analizándose en la literatura, no era solo una "omisión de los organismos públicos", sino una manera de alimentar una burbuja funcional a la necesidad de incrementar la liquidez y estimular la demanda global, como explica Soros (*The New Paradigm for Financial Markets*, 2008).

Esta situación abre una paradoja: se requiere retomar el crecimiento, pero ello en términos ambientales nos pondrá de todas maneras más cerca del precipicio ambiental. Se ha estimado que un calentamiento global por encima de 2 grados centígrados producirá un crecimiento peligroso del nivel del mar, inundaciones costeras, olas de calor y sequías en franjas enteras de África y otros continentes. Por eso el gran debate internacional sobre los límites del crecimiento en un mundo de recursos finitos y acerca del sentido de la prosperidad y el nuevo paradigma-madre de la sostenibilidad para este nuevo siglo.

Estamos así llenos de dilemas difíciles, algo propio de un punto de quiebre. En cada elección en Estados Unidos y Europa se discute el dilema entre austeridad y reactivación. El enorme endeudamiento público exige un ajuste fiscal, pero ello recesaría aún más las economías desarrolladas y multiplicaría el desempleo. ¿Quién debe pagar los costos de la llamada "era de la irresponsabilidad"? Pero incluso si se lograra vencer la recesión y entrar en una etapa de crecimiento limitado, ¿previsto por muchos como el horizonte de mediano plazo, ¿tendremos tiempo para procesar el cambio en la matriz energética de la producción mundial sin arribar a cataclismos climáticos? ¿Cuánto tiempo nos queda? ¿No ha sido suficiente el aumento exponencial de las catástrofes naturales en los últimos 20 años, con la multiplicación a más del doble de los eventos meteorológicos, hidrológicos y climatológicos? El Protocolo de Kioto acaba de ser renovado hasta diciembre de 2020 por la XVIII Cumbre de la ONU sobre Cambio Climático, constituyéndose en una herramienta poderosa para la reducción de las emisiones de carbono, pero no ha sido firmado por Japón, Rusia, Canadá, Nueva Zelanda y Estados Unidos. Los firmantes solo generan poco más del 15% del total de emisiones contaminantes en el mundo. ¿Necesitaremos parar la maquinaria mundial y arribar a otro concepto de prosperidad sin crecimiento (Tim Jackson, 2011), como ya se discute en círculos empresariales del mundo? ¿O será posible todavía, como creemos, que superemos una vez más este "dilema de Hume" con una concertación mundial en pro del abandono de la matriz energética actual? No cabe duda de que en estos próximos años cada crisis ambiental, financiera o social acrecentará la necesidad de asumir el desarrollo sostenible como el programa de la humanidad para el siglo XXI. Ojalá no necesitemos llegar al borde del precipicio para cambiar los modelos que nos han llevado a esta crisis. Bajo el gran paraguas de la sostenibilidad, se deberán formular las líneas maestras de la nueva relación empresa-sociedad y del *management* del futuro. ■